

# Orígenes del feminismo en el Ecuador

## Antología

Ana María Goetschel, compiladora



SECRETARÍA DE  
DESARROLLO Y  
EQUIDAD SOCIAL

**QUITO**  
Alcaldía Metropolitana



© De la presente edición:

**Consejo Nacional de las Mujeres, CONAMU**

Serie: Recuperación de la memoria histórica  
de las mujeres. No.1

Pasaje Donoso N. 32-33 y Whimper

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 2561 472 / 2561 446

Fax: (593-2) 2901821 ext 101

[www.conamu.gov.ec](http://www.conamu.gov.ec)

**FLACSO, Sede Ecuador**

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2-) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

**COMISIÓN DE GÉNERO Y  
EQUIDAD SOCIAL DEL MDMQ**

**SECRETARIA DE DESARROLLO Y  
EQUIDAD SOCIAL DEL MDMQ**

Palacio Municipal, 3er piso.

Quito - Ecuador

Teléfono: 2288163 / 2954416

[sges-mdmq@quito.gov.ec](mailto:sges-mdmq@quito.gov.ec)

**Fondo de Desarrollo de  
las Naciones Unidas para la Mujer**

**UNIFEM - Región Andina**

Av. Amazonas 2889 y La Granja

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2-) 246-0332

Fax: (593-2) 246-0328

[www.unifemandina.org](http://www.unifemandina.org)

ISBN: 9978-67-115-3

Cuidado de la edición: María Pessina

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Rispergraf

Quito, Ecuador, 2006

1ª. edición: agosto, 2006

# Índice

Presentación .....	11
<b>Estudio introductorio</b> .....	13
<i>Ana María Goetschel</i>	
<b>EL RECLAMO DE LA VOZ</b>	
<b>Necrología</b> .....	59
<i>Dolores Veintemilla de Galindo</i>	
<b>Al Público</b> .....	61
<i>Dolores Veintemilla de Galindo</i>	
<b>Madame Roland</b> .....	63
<i>Marietta de Veintemilla</i>	
<b>EL FEMINISMO</b>	
<b>Nuestro ideal</b> .....	73
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
<b>La mujer</b> .....	77
<i>Josefina Veintemilla</i>	
<b>¿Feminismo?</b> .....	81
<i>Adelaida Velasco Galdós</i>	
<b>Honor al feminismo</b> .....	85
<i>Victoria Vásquez Cuví</i>	
<b>Cómo se juzga al feminismo verdadero</b> .....	93
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	

---

<b>Estado jurídico de la mujer casada, seducción a las solteras, sus consecuencias</b> .....	97
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	
<b>La mujer en los diversos organismos humanos</b> .....	103
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	
<b>Discurso en la velada del centro “Cultura y Renovación”</b> .....	111
<i>María Angélica Idrobo</i>	
<b>El problema feminista en el Ecuador</b> .....	115
<i>María Esther Martínez Mactas</i>	
<b>Comentarios feministas</b> .....	121
<i>Alicia Jaramillo</i>	
<b>Temas sobre feminismo</b> .....	123
<i>Rosa Borja de Icaza</i>	

#### LAS MUJERES Y LA PAZ

<b>Mensaje de paz</b> .....	131
<i>María Guillermina García Ortiz</i>	
<b>Mensaje de una dama peruana a las mujeres ecuatorianas</b> .....	133
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
<b>Paz en la Tierra</b> .....	141
<i>Piedad Larrea Borja</i>	

#### LAS MUJERES Y LA POLÍTICA

<b>Clarinadas</b> .....	153
<i>Rosa Marga</i>	
<b>Luchar para triunfar</b> .....	155
<i>Angelina de la Barca</i>	
<b>La mujer entró en la lucha</b> .....	159
<i>Rosa Marga</i>	

---

<b>La mujer y sus derechos</b> .....	161
<i>Sor Marisa</i>	
<b>¡15 de noviembre!</b> .....	163
<i>Angelina de la Barca</i>	
<b>Rebeldía</b> .....	165
<i>Morayma Ofyr Carvajal</i>	
<b>La mujer y su derecho a votar</b> .....	167
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
<b>El voto femenino y la suficiencia de los hombres</b> .....	169
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
<b>La mujer y la política</b> .....	171
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
<b>La mujer y el sufragio</b> .....	173
<i>María Esther Martínez Macías</i>	
<b>Se reunió ayer la Asamblea de Mujeres Ecuatorianas (AFE)</b> .....	181
<i>Diario El Día</i>	
<b>Mensaje a las madres ecuatorianas</b> .....	185
<i>Nela Martínez</i>	
<b>Entrevista Dolores Cacuango</b> .....	189
<b>Entrevista a Tránsito Amaguaña</b> .....	201
 <b>FEMINISMO CÍVICO</b>	
<b>Agosto Sagrado</b> .....	221
<i>Rosaura Emelia Galarza</i>	
<b>Al Ecuador</b> .....	223
<i>Dolores Sucre</i>	
<b>La mujer en la Independencia</b> .....	225
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	

<b>La Hija de la Patria</b> .....	229
<i>Lucinda Pazos</i>	
<b>Doña Manuela Cañizares</b> .....	231
<i>Dioselina Lemos R.</i>	
<b>Biografía de la mujer en el Ecuador</b> .....	235
<i>Piedad Larrea Borja</i>	
<b>Supervivencia del ideal boliviariano</b> .....	263
<i>María Esther Cevallos de Andrade Coello</i>	
<b>Elogio a Manuelita Sáenz</b> .....	269
<i>Raquel Verdesoto de Romo Dávila</i>	

## LAS MUJERES Y LA EDUCACIÓN

<b>Consejo a una señorita</b> .....	285
<i>Dolores Sucre</i>	
<b>Anhelos</b> .....	287
<i>Isabel Donoso de Espinel</i>	
<b>Virtudes y vicios femeninos</b> .....	291
<i>Lastenia Larriva de Llona</i>	
<b>¡Fiat Lux!</b> .....	293
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
<b>El deber de la mujer</b> .....	297
<i>Matilde Hidalgo</i>	
<b>Educación de la mujer</b> .....	299
<i>Rosa Andrade Coello</i>	
<b>Actividades domésticas y sociales de la mujer</b> .....	303
<i>Victoria Vásconez Cuvi</i>	
<b>Cultura femenina</b> .....	309
<i>Blanca Martínez de Tinajero</i>	

**Educación de la mujer** ..... 311  
*Alicia Jaramillo*

**La mujer en el pasado y en el presente** ..... 313  
*Dora L. Mosquera*

**Hacia una nueva educación secundaria  
femenina en el Ecuador** ..... 317  
*María Angélica Carrillo*

## **LAS MUJERES Y EL TRABAJO**

**Aspiraciones** ..... 321  
*Zoila Ugarte de Landívar*

**Seamos una** ..... 327  
*Clara Aurora de Freire*

**Actividades domésticas y sociales de la mujer** ..... 329  
*Victoria Vásquez Cuvi*

**Discurso** ..... 337  
*Dina Rosalía Salazar J.*

**La mujer trabajadora en la vida social** ..... 343  
*Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez*

# Elogio a Manuelita Sáenz<sup>1</sup>

Raquel Verdesoto de Romo Dávila

Conferencia pronunciada en la Sociedad Bolivariana.

Excelencias:

Señores:

Señoras:

Inmerecido honor significa para mí, pronunciar en el seno de esta Entidad, llena de meritoria tradición y de reconocidos valores del pensamiento; elogio a la ilustre quiteña Manuela Sáenz, cuya temeraria acción, de relieves altamente extraordinarios, en los días de la Independencia, constituye un paradigma de valor para la mujer ecuatoriana.

A un siglo de distancia de su muerte, su recia y apasionada figura continúa dialogando con los pueblos colombianos; lejos ya del odio histórico de los pequeños espíritus, que discuten aún su legítimo derecho a la gloria.

Entre la edad de la Audiencia y la edad de la República está su nombre; pero ella por su nacimiento pertenece a la Colonia. Su primer horizonte habrá de dar principio al desenvolverse de su sentimiento de quiteñidad, estructurado desde sus primeros años y amanecerá en sus ojos, ante la imagen primitiva de la ciudad que le rodea. A sus pupilas frescas pasará sin claridad la pátina de las casas indigentes, para mostrar su alegría recién nacida en el encaje de las flores y de las macetas enclavadas en los balcones quiteños. Madurará la niña, tal una muñeca de rizos

---

1 *El Libertador* No. 115, Quito. Diciembre 1956.

primorosos; entonces surgirá la complejidad al explicarle por qué coexiste la adustez de las catedrales soberbias, frente a la humildad de las chozas indígenas. Un estremecimiento súbito, como el surgir de un cielo de contento traeránle los toques de las campanas, echadas a volar en el espacio, como voces plásticas y metálicas de un coro de negras golondrinas, en viaje al cielo.

Alguna vez, Manuela goza haciendo pinos en la plaza central, para mirar la piletta con su presencia de historia: un ángel de la fama, jugando con hilos de agua a través de su trompeta. Moja la niña sus finos dedos, para cerciorarse si el agua es plateada o sólo teñida de luz. Aletea, luego, en sus oídos el profundo rumor de las aguas turbias de las quebradas que, cual dos serpentinatas líquidas e irreverentes, atraviesan la ciudad. Al final, uno de los caprichos infantiles será pedir a su esclava un quitasol de alcaldesa y una silla de mano para recostarse.

Todavía pequeña, Manuela contempla este Quito; lejos ya de la Lincán de los Caras: evocación de chozas diseminadas como flores silvestres, en la planicie Norte. De épocas remotas y destañadas quedan millares de indios; de ellos Manuela tiene la idea de un cuadro colorinesco, porque los ve danzar junto a las iglesias, con indumentarias extrañas y vívidas. Cuando doña María, su madre; la lleva a la iglesia, Manuela admira el oro de los templos, la brillantez y magnificencia de sus altares. Tal vez por su edad, es aún incapaz de comprender cuánto dolor y cuánta muerte significa ese oro traído desde minas distantes, y arrancado a la tierra por manos esclavas. Y como síntesis de sus impresiones, respecto al ambiente que la aprieta, Manuela sospecha de una placidez ciudadana, encerrada en el círculo de hierro de la montaña; ya que en el Quito de aquel tiempo el interés se limita a comentar despiadadamente sobre escándalos sociales, novedades que ocurren en los conventos y sermones gerundianistas. El sentimiento de quiténidad que hito a hito ha ido estructurándose en el espíritu de Manuela, nadie podrá arrebatárselo, porque se asienta como piedra miliar, en el principio inolvidable de su existencia.

Y en estas "tierras de Quito", como solían llamarse antes, Manuela acumuló su rebeldía. El tiempo en que a la heroína le tocó vivir, no fue para soledades ni silencios; se hacía necesario a todo hombre y a toda

mujer superior, participar denodadamente en la lucha; porque de aquella época es el puente histórico, tendido entre el feudalismo castellano y el feudalismo criollo.

Aquí, cerca de la línea equinoccial y desde su origen, Manuela comienza a estructurar su sentimiento de rebeldía, porque su condición de ilegitimidad y su condición de criolla, no serán justificación suficiente para recibir humillaciones. Su rebeldía se robustece más aún, porque Manuela busca en los libros y en los labios de sus mayores, cómo pesa y por cuántos siglos, sobre estas tierras, un pasado de servidumbre, a raíz del momento catastrófico de su historia, que fue la conquista. Manuela, aunque ligada por su estirpe a la clase española, supo de un proceso cruel de consolidación del extranjero, cuando se marcaba con hierro candente a los aborígenes adscritos a las propiedades, y se custodiaba a los cargadores indígenas con feroces perros de presa: una Edad Media en tierras de América. Manuela vio cómo en los obrajes trabajaban los niños, y en las minas morían los indios, a causa de una ruda jornada de labor.

De la situación de los aborígenes, que por su número eran una mayoría, Manuela tuvo la sensación de que habría de prolongarse en América una perenne esclavitud; ya que resultaba difícil arrancar, de repente, la entraña feudal que, como una punta de lanza, se incrustó en la vida de este pueblo. De otra parte, Manuela pudo apreciar que esta Audiencia, en su condición de colonia, sufría despojos de su riqueza, en forma de tributos para la metrópoli. Con ello, lejos estamos de acusar a la Madre Patria de pueblo cruel; fueron las ideas de la época y el espíritu de conquista, los inspiradores de aquellas exacciones; después, los nuevos tiempos han venido a rectificarlos; por sobre todas las transitoriedades de la historia, apreciamos lo que España tiene de admirable, sus esencias eternas que entrañablemente las sentimos en nuestra sangre, amalgamada a lo más caro de nuestro origen americano.

Así, de esta manera, alentando lo que ella sintió dolorosamente por las circunstancias de su nacimiento, por su condición de criolla, por lo que supo del pasado y, más aún, por lo que pudo presenciar, se estructuró su sentimiento de rebeldía, que habría de prolongarse mucho después en su vida de mujer, al rechazar enfáticamente un

matrimonio sin amor y aproximarse al hombre extraordinario, que supo inspirar en ella una gran emoción, guardada celosamente a través de su vida.

Aquella pasión por la libertad que Manuela alentara durante toda su existencia arranca desde el hogar de doña María, su madre; donde con infantil asombro escucha pláticas encendidas de amor a la libertad. Una vez que Manuela contrae matrimonio con Thorne viaja a Lima y, al poco tiempo de su permanencia en ella, percibe cómo la ciudad de los virreyes se estremece y madura una inquietud subterránea. Por el año 1821, desde Chile llega a las costas peruanas un aire de mar yodado de insurrección, contra el gobierno del virrey La Serna, y Lima contempla desmoronar su habitual tranquilidad y su molicie. El movimiento en el Perú comienza. Manuela asiste a las sesiones secretas organizadas por los conspiradores; ayuda con dinero a subvenir los gastos que demanda el movimiento; por último, en forma clandestina y con mucho peligro de su vida, introduce a la ciudad la propaganda política que se le ha encomendado. Con esta oportunidad conoce a San Martín, y cuando el Virrey La Serna hace el anuncio de su salida, llevándose las tropas fuera de la capital, Manuela presencia el pánico de la ciudad, el río interminable de gente que acude a la fortaleza y pide, en forma suplicante un sitio en el castillo. Y cuando el general San Martín ocupa la ciudad de Lima, Manuela se incorpora plenamente a las actividades revolucionarias y trabaja en compañía de los conspiradores.

Con estas ejecutorias, Manuela robustece su pasión por la libertad y pone en segundo plano toda clase de obstáculos, que se oponen al cumplimiento de lo que constituye un deber de todo americano; por ello, a pesar de las prohibiciones de Thorne, Manuela continúa en la tarea. Las nobles ambiciones de Manuela son de magnitud; su acerada voluntad es capaz de destruir todas las dificultades que encuentra en su camino. Manuela está en la ruta anhelada, en la ruta que le dicta el impulso de su vocación profunda y, hacia ella empuja el carro de su vida altamente rebelde y combativa. Por esto, sus grandes ojos oscuros se iluminan al contemplar el despliegue de la bandera, cuando de los labios del general brotan las palabras rituales del juramento. Más allá repican las campanas y se oyen las salvas. Los servicios de Manuela en favor de la

libertad resultan invalorable; por esta causa, el general San Martín la engalana con la banda tricolor, que le acredita como Caballerosa de Sol, en una ceremonia donde se estimula a algunas mujeres patriotas. Así, investida con esta insignia y llevándola sobre su corazón, conoce a Bolívar, connubio de su amor por la libertad, y la mayor y única pasión, en su vida de mujer extraordinaria.

En aquella mañana de junio de 1822, la esplendidez del cielo quiteño, más azul en esta vez que en otros amaneceres, embriaga la sensibilidad de Manuela, que se presenta en toda la culminación de su belleza. Sus ojos oscuros lucen una caída de párpados fascinante; su tipo, su garbo señorial es para pensar que quienes la conocen no pueden menos que admirarla. Un vestido claro presta a Manuela un hálito de frescura. Arriba la ensoñación de una cálida atmósfera, abajo el desfile brillante de una victoria. Manuela está preparada para recibir en su pecho el momento histórico que le hará vivir intensa y desinteresadamente; desde hace algún tiempo ha sentido el instante delicioso, que determinará nuevas modalidades en su vida. Desde entonces estará con el Libertador, en los momentos plácidos de apoteosis y en los de oscuro desencanto. Desde entonces le seguirá por todos los caminos, horadando con su pensamiento la “dura geografía de la ausencia”.

Y ahora, en pleno dominio de lo que significa pasión por la libertad y profundo amor por Bolívar; Manuela comienza en altura de acción política, su tarea de ayudar con todas sus energías a la obra de emancipación. Con especial interés, esta ilustre enamorada del Libertador seguirá fielmente sus pasos, y con el pensamiento estará con él ya en Guayaquil, ya en Pasto, y cuando Bolívar se traslada al Perú, ella no puede dejarlo solo en momentos de sacrificio. En carácter de mujer superior, no le importan los comentarios; ella tiene que cumplir frente a su vida y frente al suelo americano una misión. Desde Lima, Manuela ayuda a Bolívar y con ello ayuda a la victoria. Se interesa por auscultar la opinión de los colaboradores del Libertador, para orientar con acierto las actividades; solicita intervención a quienes pueden cooperar, y organiza la preparación de bastimentos para el ejército. Pero adviene la fase decisiva de la campaña por la libertad del Perú. Manuela no puede permanecer indiferente y sale en seguimiento del ejército libertador, por

las indómitas y ásperas sierras andinas; nada significan para ella los rigores de un interminable recorrido, los peligros del viaje o el encuentro repentino con la muerte, en medio del combate; por amor a la libertad y también al Libertador, Manuela ha dejado la comodidad hogareña, la vida plácida junto a Thorne, para entregarse con júbilo a las privaciones cotidianas y al sacrificio. Durante algunas semanas, Manuela con su figura de amazona viaja detrás de los ejércitos libertadores; en una considerable extensión de más de dos mil kilómetros, y aunque no presencia la batalla, pasa por los campos de Junín.

Y vienen los días de regocijo, después de la victoria de Ayacucho; cuando Manuela en las reuniones sociales puede lucir su exquisito y simpático trato social, su ilustrada conversación de persona que ha leído mucho y conocido algunos caminos. A ese tiempo se asocian los días de esplendor y de gozo, que Manuela tuvo en Lima, en compañía del Libertador. Después, vendrán para ella y para Bolívar los días amargos y de recia lucha.

El dos de setiembre de 1826 Bolívar tiene que salir del Perú y Manuela luchar sola frente a sus enemigos. En efecto, los últimos días de enero de 1827 el Coronel Bustamante promueve un alzamiento de tropas peruanas y, después de apresar a algunos oficiales del Libertador persigue a Manuela; porque conoce sus ejecutorias, su energía y la admiración que le profesan los soldados. Bustamante sabe, además, que Manuela vestida de militar, sable en mano ha penetrado a uno de los cuarteles de Lima, con el objeto de arengar a las tropas y provocar una contrarrevolución. Por ello, Bustamante no puede menos que ordenar el apresamiento de Manuela. A las doce de la noche de uno de esos días, a empellones, los sabuesos sacan a Manuela de su casa, y a pesar de sus protestas la trasladan al Convento de las Nazarenas, con la orden expresa de absoluta incomunicación. A la mañana siguiente, Manuela en la forma más enérgica solicita al Cónsul de la Gran Colombia, redactar una protesta por el atropello, casi no halla respuesta. La incomunicación no ha tenido efectividad, porque Manuela desde el Convento de las Nazarenas, donde se encuentra presa, dirige un nuevo movimiento contra Bustamante, y por este motivo, en forma repentina es expulsada del país. De este modo Manuela arriba a Guayaquil, y luego a la ciudad de Quito, donde llega después de una jornada de diez días, que la rea-

liza a pie y perfectamente guardad por una escolta.

En la capital, Manuela permanece algún tiempo, recibe una llamada del Libertador que se halla en Bogotá y no vacila en ir a su lado, con el fin de acompañarlo en los últimos días de permanencia en el poder. Manuela estará con Bolívar, cuando Colombia se debate en medio de un torbellino de facciones, que pretenden ensombrecer la gloria del Libertador; estará con Bolívar en la lucha frente a Santander, y aunque a unas cuantas leguas de distancia, pero juntos en el pensamiento, lo acompañará en la dura jornada de soportar los fracasos de la Convención de Ocaña.

Manuela lo conocerá todo, sus últimos segundos estarán consagrados a pensar en la suerte de Colombia y en Bolívar; por lo tanto puede medir, cuánta preponderancia tiene en los labios de algunos intelectuales, de algunos estudiantes y militares la palabra TIRANO, con que motejan a Bolívar. Aquella memorable noche de septiembre de 1828, Manuela estará con Bolívar en el palacio de San Carlos. Ella sabe a ciencia cierta lo que va a suceder, y por ello permanece junto a su amado en espera del asalto. A través de la clara intuición de su inquietud, Manuela ve la sombra del poeta Luis Vargas Tejada, arengando a los conspiradores en su gabinete; ve a Hormet avanzar entre las sombras. Aquella noche Manuela no duerme, vela celosamente el sueño de Bolívar; pero ya es hora, ya están allí los conjurados, la paz ha desgarrado su randa de silencio, hay ruido de lucha, los perros que guardan el palacio han dado la señal. Manuela y Bolívar están de pie y dispuestos a la pelea; empero Manuela suplica al Libertador que salve la vida, mas él persiste en esperar a los traidores; sin embargo, en el momento en que los conjurados despedazan la puerta, Bolívar salta por una ventana. Manuela entonces es vilipendiada, abofeteada, con el fin de que declare dónde se encuentra Bolívar. Manuela lo ha salvado, el Libertador le debe la vida, por ello no vacila en llamarle su Libertadora.

Pero corren los tiempos, Luis Vargas Tejada está consumiéndose, vive como un ermitaño en una hacienda ignorada por la justicia, si lo apresan irá a la horca; Azuero y González, viven entre sombras, para no ser descubiertos. Y en el momento de la justicia, Manuela con toda la generosidad que albergan sus sentimientos, suplica por la vida de algu-

nos conjurados que, acaso, no tienen mayor participación en el atentado, y permanece impasible frente a otros que deben subir al patíbulo. El día de la ejecución, Manuela oye las detonaciones, es que la ley en esta vez tiene que ser sanguinaria; es necesario dice: “que mueran diez para que vivan millones”.

El 8 de mayo de 1830, una pálida aurora de septiembre encuentra a Bolívar separado del mando, está enfermo moral y físicamente, pocos le siguen, muchos le han abandonado. Páez lleva a Venezuela a la deserción y al odio; Córdoba se levanta en armas; pero Manuela está siempre con él, aunque Colombia, en un acto de exagerada injusticia, haga recaer sobre ella todos los resentimientos de los partidarios de Bolívar.

El Libertador tiene que salir de Colombia, y Manuela, necesariamente, habrá de continuar en Bogotá. Comienza, entonces, para ella una cadena de vilipendios, los mismos que se estrellan contra la canteira inmovible de su grandeza. Manuela responderá los ataques puntualmente y con singular valentía; el día de Corpus dos figuras se exhiben en la plaza de Bogotá, para ser presentadas entre los juegos pirotécnicos; la una simboliza a doña Manuela y la otra a Bolívar; Manuela que conoce de ello organiza un ataque en compañía de sus esclavas, y en medio de una granizada de balas y bayonetazos, desaparecen las figuras. Manuela no descansa, redacta unas cuantas hojas sueltas, que contienen ataques contra el gobierno e incitaciones al pueblo, para que nuevamente se proclame a Bolívar como su jefe. La lucha de Manuela va a culminar con el triunfo; ya puede el Libertador regresar a Bogotá, cuando recibe la aciaga noticia de su muerte.

Y vienen los días inútiles y de descenso para la Libertadora/se aleja de Bogotá; sin embargo, la intriga acusa a Manuela del delito de conspiración. Un día la encierran en los duros calabozos de Cartagena; de allí va a Jamaica y luego al Ecuador; arriba a playas guayaquileñas y se pone en camino para Quito. En la ciudad de Guaranda recibe una contraorden del gobierno de Rocafuerte, obligándola a abandonar el país, lo más pronto posible. De allí Manuela recorre el último camino, el mismo que la conduce a Paíta. Manuela está serena, el ritmo del tiempo y la intensidad que le fue dado vivir han mitigado las violencias de su juventud; empero le quedan muchos años para luchar con la pobreza.

Y ahora, deslumbrados por un sentimiento de admiración frente a su vida, y enmudecidos por un silencio recordatorio, evocamos los últimos días de soledad de Manuela y la cercana lejanía de su muerte.

A la distancia de un siglo la vemos en su lecho, parálitica y destinada perpetuamente a la inmovilidad, como una bella “flor cerrada” y marchita. Para conocerla, hasta su recogimiento arribaron a la brumosa Paita, viajeros ilustres. Recuerdo la visita de Garibaldi, quien al relatar la entrevista con Manuela dice: que estaba seguro de no haber conocido jamás una “dama tan amable y cortés” como ella. Al despedirse, “los dos tenían lágrimas en los ojos, sabiendo con seguridad que era su último adiós en la tierra”.

Y así sucedió, con los diminutos granos de arena y con el cansancio de los marineros, vino la peste. Fue, en el año 1856, cuando las afueras de Paita se convirtieron en puntos de partida para el éxodo; los moradores abandonaron sus viviendas y se lanzaron por algún lado del horizonte, para conservar su vida. Por los caminos que desembocan a las poblaciones del interior, podía verse una caravana ensombrecida y cargada de fardos. La lucha para los que salían de Paita era terrible, porque donde arribaban eran rechazados. En cambio, los que habían salido enfermos y atacados por las primeras fiebres, fallecían en el camino, en medio de un sol abrasador. Manuela no podía fugar, estaba inválida; quieta ya su violencia la última tragedia sacudiría el final de su vida.

Al amanecer de uno de los días de noviembre, la serenidad de Manuela se interrumpe, por una especie de sofocación; así se lo comunica al General Antonio de la Guerrero, leal amigo de la casa. Manuela siente repentinos dolores de cabeza y una fiebre que no quiere abandonarla. Por momentos, una voluntad de vivir la hace reaccionar, para luego caer en el pozo profundo de la seguridad de la muerte. Ella vendrá, ha visitado todas las casas vecinas, llevó a sus esclavas y a sus amigos.

Ahora una lágrima de resentimiento encuentra camino por sus mejillas. Durante algunos segundos la asfixia que asedia su garganta parece desaparecer y Manuela siente un pasajero alivio; pero la asfixia vuelve y con mayor intensidad. Manuela no duerme, es imposible conciliar el sueño con esa molestia, cada vez creciente; Manuela agoniza, delira, se incorpora, mira a su alrededor, nadie; ahora piensa en la figura de su

madre, en el agua fresca del arroyuelo de Catahuango, en los turbantes de Jonatás y, en medio de una nube turbadora, habrá de escuchar la música del baile de la victoria, percibir el aroma de su pañuelo lila que ella lució una noche en La Magdalena y la voz del mar estrellándose contra la fortaleza de una cárcel; por fin, estrechará la mano muriente del Libertador, cuando fue camino del destierro. María Antonieta no muere en este escalofriante silencio, porque atadas las manos y ante miles de espectadores asciende hasta el lugar del suplicio; Catalina la Grande muere acompañada de Zubob y de su séquito; Isabel la Católica, dictando su testamento y rodeada de sus familiares y vasallos; Manuela con todo el esplendor de su grandeza muere sola y abandonada. ¿Y dónde la tranquilidad de sus cenizas? Nadie lo sabe, se mezclaron con las arenas indiferentes del cementerio de Paita, con la tierra señalada para los segados por la terrible peste.

Como los grandes héroes americanos de la independencia, Manuela fue un factor de relieve en la transformación de esencias políticas, en una etapa del vivir ecuatoriano. Por eso, con su acción quiso mantener incólume la obra de Bolívar, quien golpeó a la puerta de una sociedad que parecía inmóvil, ante los requerimientos del tiempo.

Una escala de valores humanos registra la vida de Manuela; de ella dijera el Libertador que fue el ser más desinteresado que había conocido sobre la tierra; por ello Manuela entregó su fortuna en aras de la libertad; firme en sus tareas y leal para consigo misma, Manuela supo ser “amiga de sus amigos y enemiga de sus enemigos”.

Una energía de carácter extraordinario fue el patrimonio de su espíritu, el mismo que se manifestó a través de todos los climas de temeridad. Su pueblo encendido de juventud y de canto vibrante fue un áureo cofre, donde siempre lució un amor puro y noble para el Libertador. De allí que fuera la inspiradora de sus más grandes victorias; animado por su pasión Bolívar recibió la buena nueva de sus lugartenientes, acerca del triunfo de Ayacucho; celosa guardiana de los intereses del Libertador custodió sus documentos por sierras y llanuras, para que no cayeran en manos del enemigo; y lo que es más, en muchas ocasiones, Manuela prodigó ternura y cuidados al Libertador, en los momentos en que la vida del Héroe, por fatigada y frágil amenazaba cortarse.

Todos reconocieron en Manuela un gran carácter, un virtuosismo especial para las acciones heroicas, para las empresas difíciles; la leyenda nos dice que en ausencia del Libertador, Manuela presidía las sesiones de los dignatarios de la Gran Colombia, y alguna vez, con letra vacilante, redactó las proclamas que necesitaba Bolívar. Su pensamiento sin ataduras mediocres, ni estructura de prejuicios, permitiéndole vivir su vida ancha y desinteresadamente.

A lo largo del extenso mundo de su sentir hubo una pasión, una borrascosa pasión que, acaso, hasta el encuentro con Bolívar no sentó su clima, su río fluyente, donde arrimar su inaudita esperanza de amor. Y este amor lo pregonó al mundo en un acto de valentía social, amó a Bolívar, esa fue su única y encumbrada pasión; por ello muerto el Libertador, Manuela se recluye a un lugar silencioso e ignorado de la tierra, cuando todavía está joven; empero rechaza vivir nuevamente a la sombra de Thorne, porque aún después de la muerte de Bolívar, Manuela continúa amándolo hasta siempre. Quizás una ligera interpretación de su personalidad y de su vida amorosa, ha visto en ella a la mujer frívola, incapaz de nutrirse de un verdadero y profundo amor. He aquí nuestra defensa, Manuela no amó a Thorne, sí, a Bolívar, otros pretendientes no llegaron a conquistar su corazón; las afirmaciones en contra de esta tesis son interesadas, no tienen origen en documentos serios, sino en comentarios que, aunque quedaron escritos, son dardos enherbolados que, con saña hieren siempre a los seres extraordinarios.

Hay más, Manuela no es la mujer distinguida que emplea su tiempo únicamente en cumplidos sociales; Manuela es la mujer inteligente e ilustrada que habla, inglés y francés, lee a Tácito y Plutarco y es admiradora de Olmedo y de Cervantes, como lo aseguran quienes la conocieron.

Al profundizar en la modalidad social y humana de Manuela se encuentra que, si bien ella no perteneció al verdadero pueblo; a través de su emoción de americana pudo intuir el valor de las masas en los grandes cambios históricos, como base para realizar un legítimo programa revolucionario; por eso Manuela, desde muy pequeña estuvo siempre en contacto con los humildes, interesándose por saber como viven las familias de los trabajadores de sus haciendas y también los esclavos;

después, con mano dulce, atendió a los heridos que vinieron de los frentes de libertad, y hasta sus últimos días compartió su vida llena de privaciones con algunas mujeres del pueblo. La catarata tormentosa de su corazón regó valles delicados y sentimientos puros y generosos, remanso de los grandes espíritus que asientan su equilibrio humano, en zonas de hímnica blancura. Manuela sintió a los humildes, no fue la “arpía deslenguada” como alguien dijera, sino una mujer de mensaje comunicativo para todos. Necesitó a su pueblo, necesitó a su tropa y en los cuarteles encontró corazones leales, que ayudaron a dar vida a sus anhelos que fueron los mismos de Bolívar.

Espíritu de aventura, venero de nobles ambiciones, generosidad, gracia, ensueño, optimismo fue Manuela; porque su sangre vasca, herencia cálida venida desde sus antepasados, le habló con elocuencia de imperativo interior en su personalidad.

Y viene por última vez a nuestra memoria su figura eterna de mujer que nos mira, echando por sus ojos inmortales una música de heroísmo, de pasión y de inteligencia; estremecidos escuchamos su canto a la libertad, porque reúne el tipo más alto en el género: en ella la temeridad de Leona Vicario de Quintana Roo; el optimismo de sacrificio de Policarpa Salvarierra; la vocación para el combate de Juana Azurduy; el verbo libertario de María Cornelia Olivares y la resistencia y solidaridad de Rosa Zarate; es que Manuela Sáenz es una síntesis, más aún, es ya un símbolo.

“Seguramente, Manuela contribuyó esta ocasión con mucho de la hacienda de su madre y aun con su dinero. Al igual de Bolívar, siempre estuvo dispuesta a entregarlo todo por la causa de la libertad, y lo entregó con generosidad. “Ella era—dice O’ Leary—el ser más desinteresado que he conocido”.

“Desde la noche del 9 de Agosto de 1809, Manuela no se libertará ya nunca de 4 puntos que informan su existencia: ser libre, libérrima; amar con delirio u odiar en el mismo grado; ser ‘rebelde, revolucionaria; belicista, tempestuosa; entender la vida a lo grande y conformar todos los actos a esta actitud elevada en la cual, por otra

parte, vienen involucrados todos los desprendimientos y aun todas las generosidades”.

Rumazo González.

“Lo que le satisface, evidentemente, no es el reinado en los salones, ni los placeres, ni la adoración de muchos, ni su deslumbradora belleza, ni los chispazos de su inteligencia vivísima; sino la gloria, esa gloria que hace que todos la admiren por lo que ella ha conquistado por propio impulso y por propio riesgo”.

“No fue indudablemente la emoción corporal lo que juntó definitivamente a estos dos seres excepcionales (Bolívar y Manuelita), sino la potencia espiritual de ambos. Los mismos anhelos de gloria, las mismas ambiciones desmesuradas de libertad, una misma fe en la obra, un mismo sentido del sacrificio integral, una misma desconfianza de todos a pesar de la urgencia de contar con todos, y la misma triste experiencia sentimental”.

Rumazo González

